

Revista de Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Víctor M. Molina
Por la Facultad

Juan Girelli
Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Enrique Loudet
José H. Porto
Por la Facultad

Francisco M. Alvarez
Amadeo P. Barousse
Por el Colegio de Graduados

Andrés D. J. Devoto
Alfredo Bonfanti
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXI

ABRIL DE 1933

SERIE II, N° 141

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de José González Galé

El problema de la población^(*)

SEGUNDA PARTE

LA POBLACIÓN DEL MUNDO AL TRAVÉS DEL TIEMPO

CAPÍTULO I. — *El pasado*

I

No es posible establecer, con precisión, cuál es la antigüedad del hombre sobre la tierra. Pero es evidente que los pocos siglos que, según los intérpretes de los libros sagrados, nos separarían de la primera pareja humana han de ser multiplicados por un alto factor para aproximarnos, siquiera sea imperfectamente, a la realidad. El pitecantropo — a quien se atribuye ya condición humana, dado el cerebro que corresponde a su cavidad craneana — vivió, según cálculos verosímiles, hace cosa de medio millón de años. Basta este dato para que nos demos cuenta de lo remoto que es el origen de la humanidad. Es un dato dudoso y de carácter meramente conjetural, pero no necesitamos otro más preciso para el fin que nos proponemos: tratar de ver porque la especie humana no ha cubierto totalmente la tierra desde hace ya muchos siglos.

Se ha afirmado — y las observaciones hechas sobre las razas de tipo primitivo existentes en nuestros tiempos tienden a confirmarlo — que la fecundidad de las especies en estado natural es menor que la de las civilizadas. Y se agrega aún, en apoyo de esta tesis, que también los animales domesticados se reproducen en mayor número que los que viven en estado salvaje, puesto que mejoran sus condiciones de vida. Y la civilización es, para los hombres, una especie de *domesticación*. De cualquier modo, cualquiera que fuese la capacidad reproductiva de tales razas primitivas, es evidente que no se ejerció, ni de lejos, en todo su poder. Admitamos que su

(*) Continuación. Véase nuestro número anterior.

número creciese muy lentamente. Supongamos que no se duplicase sino al cabo de cien, de doscientos, de trescientos años... Aun así, al cabo de los siglos y siglos que hace que el hombre acampa sobre este globo, debía ya su número ascender a cifras incalculables.

Conocidísima es la leyenda que se vincula a la invención del ajedrez. Según refiere Al-Sefadí, autor árabe, Sessa, hijo de Daher, inventó el ajedrez para recordarle al monarca indio Sherán, de una manera suave y divertida, que, al gobernar, no debía perder nunca de vista los principios permanentes de la equidad y de la justicia. En el ajedrez — como se sabe — el rey, la pieza más importante, es una de las que menos libertad de acción tienen para moverse. Y, en todo caso, necesita estar siempre protegida aunque no sea más que por un simple peón.

Sherán, encantado con la lección y con el juego, le ofreció a Sessa darle la recompensa que él mismo eligiese. Y Sessa se *contentó* con pedir — módica recompensa, que le fué acordada en el acto — tantos granos de trigo como indicara el tablero a razón de uno por la primera casilla, dos por la segunda, cuatro por la tercera, y así sucesivamente, duplicando siempre, hasta llegar a la casilla número sesenta y cuatro. Cuando se hicieron los cálculos se vió que el *modesto* inventor pedía la fabulosa suma de:

$$18.446.744.073.709.551.615$$

granos de trigo. Tal es la suma de los primeros sesenta y cuatro términos de la progresión geométrica

$$:: 1 : 2 : 4 : 8 : \dots$$

o sea

$$2^{64} - 1$$

Para poder satisfacer tal pedido — con una sola cosecha — habría sido preciso sembrar de trigo un campo *ocho veces mayor* que la superficie total de la tierra, incluso los mares. Y, naturalmente, sin que granizos, heladas ni langostas hubiesen talado parte alguna de tal sembrado.

Ahora bien, suponiendo que la población de la tierra se hubiera duplicado sólo cada *mil años*, una pareja inicial habría tenido, al cabo de *sesenta y tres mil* años, tantos descendientes como granos de trigo pedía Sessa. Y la antigüedad del hombre sobre la Tierra es, sin duda alguna, mucho mayor.

Y, sin embargo, no sólo no se han alcanzado esas cifras fantásticas, imposibles materialmente de alcanzar, sino que, al parecer, no ha habido nunca, en los tiempos remotos, una

verdadera sobrepoblación. Más bien parece que, en los tiempos *precivilizados*, la población ha sido escasa y no sobreabundante. Y la razón es obvia. En las razas primitivas no existe, en realidad, un verdadero *crecimiento vegetativo*. Muchos de los hijos que se conciben no llegan a nacer. El aborto, provocado artificialmente o debido simplemente a las malas condiciones en que vive la madre durante el embarazo, los elimina antes de tiempo. De los que nacen, muchos, muchísimos, no llegan a la edad viril. La mortalidad infantil, efecto del abandono, del desaseo, de la ignorancia, cercena vidas y más vidas. A corroborar estas observaciones ha venido, recientemente, una encuesta hecha en el Africa Ecuatorial acerca de las causas de la despoblación (Roma, 1929). Venciendo toda clase de resistencias y dificultades — no es, ciertamente, la menor la desconfianza que inspiran los blancos a los indígenas del Africa — se ha podido comprobar una altísima mortalidad infantil que basta por sí sola para aniquilar la raza. Pero éso no es todo. La natalidad es muy baja y, por si éso no fuera suficiente, en muchas tribus, que viven aisladas o semiaisladas de las que las rodean, la consanguinidad de los esposos depaupera la raza, bajando su nivel fisiológico. Y no hablemos, ahora, de pestes, de guerras, de los ataques de las fieras. Por sí solas, estas últimas causas, no son suficientes — no deben serlo — para disminuir el número de habitantes de una región. Asociadas a las otras causas — mucho más hondas — antedichas, ejercen un innegable poder de aceleración como factores de carácter negativo.

II

No debe, pues, extrañarnos que, al salir el hombre de los lindes de la animalidad, su número fuera reducido. ¿Cómo progresó luego? Ya vimos en páginas anteriores que, con respecto al número de habitantes de la tierra en la antigüedad — dentro ya del período histórico —, hubo en el siglo XVIII una enconada discusión. Unos pensaban que el número de habitantes había disminuído desde los tiempos de Roma hasta el momento en que ellos vivían. Otros creían lo contrario. Entre los primeros figuraban Montesquieu, Vossius y Wallace; entre los segundos se contaban Hume y Voltaire. Por lo demás, todos los argumentos se basaban en datos puramente *conjeturales*, pues en la antigüedad no ha habido *censos* en el verdadero sentido de la palabra.

La Biblia nos habla, en el libro de los Números, de los

censos que por orden directa de Jehová realizó Moisés. Pero no eran *censos* en el sentido estricto que tiene hoy la operación. No se contaban *todos* los individuos que formaban el pueblo de Dios, sino exclusivamente los *hombres de veinte años arriba, todos los que pueden salir a la guerra en Israel*. Es decir, el cincuenta y cinco o el sesenta por ciento de los varones: apenas un *treinta por ciento* de la población total. De ese primer censo levantado “el segundo mes del segundo año de la salida de Egipto”, o sea, hacia 1330 A. C., por prescripción expresa de Jehová, fueron excluidos los Levitas. “Y fueron todos los contados seiscientos tres mil quinientos cincuenta”. O sea, una población total de dos millones a dos millones doscientos cincuenta mil habitantes.

Análogo resultado produjo otro censo levantado algunos años más tarde.

Pero estos resultados han sido muy discutidos. Se ha hecho notar que existen flagrantes contradicciones entre las distintas cifras que dan las Escrituras. Aunque admitamos que en un principio tales contradicciones no existieran — y es mucho suponer — no cabe duda de que, de una en otra copia, y de una en otra versión, unas veces por error de copia simplemente, otras porque el copista tenía *ideas propias* al respecto — ¿no acontece lo propio en nuestros días, donde se desfiguran y se interpretan *a piacere* las estadísticas más depuradas? —, ello es que tales cifras no tienen sino un valor muy relativo.

III

Julio Belloch, en su monografía “La Población de Europa en la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento” al ocuparse de estos *cálculos conjeturales* — si vale la expresión — hace notar que la población se adensa proporcionalmente al grado de adelanto cultural e industrial que ha alcanzado. El extraordinario crecimiento de la población de Inglaterra en el siglo XIX no tendría explicación plausible si no hubiese sido paralelo a su prodigioso desarrollo industrial y económico.

Siendo ello así, es evidente que los países más poblados de la edad antigua debieron ser, en un principio, aquellos que salieron de la barbarie antes que los demás: Egipto, Babilonia, la China.

Egipto y la Mesopotamia ofrecen, según Belloch, un claro ejemplo de la influencia del progreso material en el desarrollo de la población. Una y otro, caídos bajo el dominio musulmán

en una especie de sopor, vieron decrecer rápidamente el número de sus habitantes. En contacto con el mundo europeo y bajo su influencia directa, Egipto empezó, poco a poco, a despertarse; la Mesopotamia, menos afortunada, continúa su sueño secular.

La Grecia de los tiempos de Homero — esencialmente pastoril — debía tener una población más bien escasa. Y, sin embargo, fué colonizadora. Porque, dado el estado de su economía, aquel limitado número de gentes llegó a resultar excesivo para sus medios.

Tales son las ideas directrices que guían a Belloch en su análisis crítico para determinar — con la mayor aproximación posible — las cifras relativas a la población del mundo basándose en datos dudosos, incompletos y contradictorios.

Con ese criterio puede dar por inexactas, desde luego, las cifras de Herodoto según las cuales al ejército de Jerges, compuesto de un millón setecientos mil combatientes, opusieron los griegos más de cien mil soldados. Cifras, evidentemente exageradas, y que no se ha podido nunca saber en qué datos concretos están basadas. El mismo Tucídides no estuvo nunca en condiciones de confirmarlas.

Base más firme que tales fantasías, influidas, sin duda, por una exaltación del sentimiento patriótico, nos ofrecen las cifras del primer censo realizado en Atenas, en el año 317 antes de Cristo, durante el gobierno de Demetrio Falerio. Tal censo sólo comprendía la población masculina adulta clasificada en tres grupos: ciudadanos, *metecos* (extranjeros) y esclavos. Considerando que la población adulta representa del sesenta al setenta por ciento de toda la población y que para ambos sexos las cifras son aproximadamente las mismas, puede aceptarse, *grosso modo*, que las que da el censo representan un treinta por ciento de la población. Y como los censados eran veintiún mil ciudadanos y diez mil *metecos*, puede fijarse, sin mayor error, en cien mil almas la población libre de Atenas por aquel tiempo.

La población esclava *debía ser* más numerosa aún, pero la cifra ha llegado hasta nosotros deformada: *cuatrocientos mil esclavos* varones y adultos.

La exageración es evidente; restablecer la cifra exacta es imposible. David Hume suprimía un cero y tomaba *cuarenta mil*; Julio Belloch toma *cien mil*. Uno y otro se guían por el *buen sentido*, pero ninguno de los dos se apoya en bases sólidas.

Sea ello como sea, parece cosa averiguada que hacia el siglo IV, anterior a la era cristiana, la población de la península griega, sin incluir la Macedonia ni el Epiro, era algo inferior a dos millones y medio de habitantes, lo que da una densidad media de unos cuarenta habitantes por km².

IV

Hemos hablado de Egipto y de la Mesopotamia.

Con respecto al primero ha llegado a decirse que en un tiempo tuvo *diez y ocho mil* ciudades; algunos elevan esta cifra hasta *treinta mil*, pero ni una ni otra afirmación es verosímil. La interpretación en tiempos modernos de documentos auténticos permite afirmar que el número de ciudades y villas importantes no pasó nunca de *tres mil*. La población total de Egipto, en sus mejores tiempos, no parece haber superado los *siete millones* de habitantes, para reducirse, en los comienzos de la era cristiana, a menos de la mitad.

En la Mesopotamia, en la cuenca de los ríos Eufrates y Tigris se asentó uno de los más poderosos imperios de la antigüedad, al que se atribuyó, en la época de su mayor expansión territorial, una población global de *cuarenta millones*. Aparte de que en todas las estimaciones que se hacen hay una tendencia general al abultamiento, se ha de tener presente que tal población, aun siendo real, correspondería, no a la región mesopotámica únicamente, sino a *todos* los territorios que componían un imperio que iba desde el mar Egeo hasta el río Indo.

De la China poseemos datos más fehacientes. Censos mandados levantar con propósitos de carácter fiscal, lo que es, en cierto modo, garantía de exactitud.

Según los datos recogidos por Sacharoff en su monografía: "Ojeada histórica sobre las proporciones de la población china", un primer censo, levantado hacia el año 2275 antes de Cristo, dió una población de *trece millones y medio* de habitantes. En el año 2 de nuestra era la población censada pasaba de *cincuenta y nueve millones y medio*. Pero esta cifra ha sido, acaso, alterada al registrarla, porque un censo hecho el año 57 sólo acusa una población de veintitún millones. Y los censos sucesivos acusan aumentos regulares hasta el año 105 en que la población llega a *cincuenta y tres millones*.

Por lo que hace a la India, tanto Herodoto como Plinio fantasean a su sabor hablándonos de cinco mil grandes ciudades el uno, de fabulosos ejércitos el otro.

V

Y llegamos a Roma. Aquí se pisa ya terreno más firme. Las informaciones son mucho más precisas y mejor contrastadas. Cuenta Dionisio de Alicarnaso, en sus "*Antigüedades Romanas*", que Servio Tulio instituyó las fiestas llamadas *pagonales* con objeto de hacer algo así como un censo de la población. Hombres, mujeres y niños debían ofrecer a los dioses una moneda, cada uno de un tipo dado. De este modo podía saberse cuántos habitantes de cada lugar pertenecían a uno o a otro sexo, y de ellos, cuántos eran adultos.

Más hizo Servio Tulio: quiso mantener al día el que podremos llamar *estado de la población ciudadana*, y para ello fijó un derecho a pagar por cada nacimiento, por cada muerte, por cada toma de la toga viril. Cada ciudadano hubo, además, de declarar su edad, su estado civil, el número de sus hijos, el monto de sus bienes.

La República y el Imperio continuaron, con más o menos precisión, las prácticas iniciadas por Servio Tulio. Y se levantaron, así, diversos censos, el último de los cuales tuvo lugar el año 47 de nuestra era, en tiempos del emperador Claudio.

Las cifras relativas a los primeros censos han sido desfiguradas por los mismos autores romanos. Y las que merecen entera fe, que son las que datan de las postrimerías de la primera guerra púnica, sólo se refieren a la población ciudadana. Pero una crítica inteligente, basada en la densidad *probable* de cada región en cada época, permite fijar, dentro de límites suficientemente precisos, la población total de las distintas regiones.

Según Polibio, hacia el año 529 de Roma, la parte de Italia sujeta a la dominación romana daba setecientos cincuenta mil soldados, lo que importa una población total de tres millones de habitantes, en cifras redondas.

En los primeros tiempos del Imperio romano, las cifras más verosímiles, son: el año 28 antes de Cristo, cuatro millones de *ciudadanos*; el año 47 después de Cristo, seis millones, lo que representa una población ciudadana de *ambos sexos, por lo menos*, tres veces y media mayor.

Pero al morir Augusto — año 11 de nuestra era — la población total del imperio era mucho mayor de la que dejan traslucir las cifras anteriores. Vossius — exagerando, eviden-

temente — habla de ciento cincuenta millones de habitantes. Belloch admite de setenta a ochenta millones, de los cuales veinte habrían correspondido al territorio que hoy ocupan Italia, Francia, España y Portugal; diez el resto de las provincias europeas, y el resto a las provincias asiáticas y africanas.

Dos siglos más tarde, la población del imperio llegaba, al parecer, a su máximo: cien millones de habitantes, de los cuales la mitad vivía en Europa y el resto en Asia y Africa. A la Europa occidental le correspondían cuarenta millones repartidos así: treinta millones entre las penínsulas itálica e ibérica y la Galia; diez millones entre las islas británicas, la Germania y los países escandinavos.

VI

De ahí en adelante — según toda verosimilitud — la población europea fué disminuyendo hasta llegar a un mínimo — difícil de estimar — alrededor del año 700, y volver luego a aumentar paulatinamente hasta que, después del año 1000, en el que se anunciaba el fin del mundo, su aumento fué más rápido. A fines del siglo XI, la Europa occidental había vuelto a llegar a los cuarenta millones de habitantes.

Según el mismo Belloch, a principios del siglo XIV, es decir, poco antes de la aparición de la llamada *peste negra*, que tantos estragos causó, la Europa occidental tenía más de cincuenta millones de habitantes de los que correspondían: catorce a Francia; quince a la Germania, incluso los Países Bajos; once a Italia; seis a la península ibérica; cuatro a las islas británicas; uno a la Provenza y el Delfinado; uno a Dinamarca, y uno a Suecia y Noruega.

Esta población debió sufrir una disminución considerable cuando la *peste negra* se difundió asoladora por Occidente: hay quien dice que ascendió a veinticinco millones el número de sus víctimas. Los que no quieren exagerar hablan de sólo diez millones.

A fines del siglo XVI, la población de la Europa occidental era ya de setenta y tres millones y medio de habitantes, que, según el tantas veces citado Belloch, estaban distribuídos del siguiente modo: Italia, Francia, España y Portugal, treinta y nueve millones; Alemania y Polonia, veintitrés millones; Países Bajos, tres millones; Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca, dos millones; islas británicas, seis millones y medio.

¿Y Rusia? ¿Y los países balcánicos? No se tienen datos al respecto. Belloch cree que, aun incluyéndolos, la población total de Europa no podía exceder de *cien* millones. Baja es esta cifra, en nuestra opinión. Pero, de todos modos, no es posible pensar que la población total de Europa hacia el año 1600 superase los ciento veinte millones de habitantes.

VII

Un eminente estadígrafo australiano — ya citado en otra oportunidad — G. H. Knibbs, resume en un cuadro, que transcribimos a continuación, una serie de *estimaciones* de la población total del mundo hechas en distintas fechas — a partir de 1660 — y por diversos autores.

Tales cifras no requieren mayores comentarios. Veremos aparecer los nombres de algunos autores cuyas opiniones acerca del desarrollo de la población nos son conocidas. Y esas opiniones se reflejan claramente en las cifras que, con mayor o menor fundamento, adoptan. A medida que nos acercamos a la época actual la parte *conjetural* de las cifras va siendo cada vez menor.

POBLACIÓN DEL MUNDO SEGÚN DIVERSOS AUTORES

Año	Autor	Habitantes (en millones)
1660	Riccioli	1.000
1685	Isaak Vossius	500
1740	Nic. Struyek	500
1742	J. P. Süssmlehl	950 a 1.000
1753	Voltaire	1.600
1761	J. P. Süssmlehl	1.080
1789	W. Black	800 a 1.000
1804	Malte-Brun	640
1804	Volney	437
1805	Pinkerton	700
1805	Fabri	700
1809	G. Hassel	682
1810	Almanaque Gotha	682
1812	Morse	766
1813	Graberg v. Hemsö	686
1816	A. Balbi	704
1822	Reichard	732

1824	G. Hassel	938
1828	I. Bergius	893
1828	A. Balbi	737
1828	A. Balbi	847
1833	Stein	872
1838	V. Rougemont	850
1838	Fränzl	950
1840	Omalius d'Hallooy	750
1840	Bernoulli	764
1840	v. Roon	864
1843	A. Balbi	739
1843	H. Berghaus	1.272
1845	Michelot	1.009
1854	v. Reden	1.135
1859	Dieterici	1.288
1866	E. Behm	1.350
1868	Kolb	1.270
1868	E. Behm	1.375
1870	E. Behm	1.359
1872	Behm y Wagner	1.377
1873	Behm y Wagner	1.391
1878	Levasseur	1.439
1880	Behm y Wagner	1.456
1882	Behm y Wagner	1.434
1883	Behm y Wagner	1.433
1886	Levasseur	1.483
1891	Ravenstein	1.467
1896	Statesman's Year Book	1.493
1903	Juraschek	1.512
1906	Juraschek	1.538
1910	Anuario Estadístico de la República Francesa Ju- raschek	1.610
1913	Knibbs	1.632
1914	Knibbs	1.649
1930-31	Anuario Estadístico de la Sociedad de las Naciones	1.992,5

La última cifra de nuestro cuadro — que no procede ya de Knibbs — tiene un carácter oficial, o semioficial. Está sacada del “Anuario Estadístico de la Sociedad de las Naciones” del año 1930/31.

(Concluirá).